

moderados. No es una conclusión explícita, ni tal vez la más importante en ninguno de los dos libros, pero sí está claro que la destrucción de los tejidos sociales y de integración política y comunitaria ha contribuido al desarrollo de panislamismos radicales modernos, como deja patente el caso de Asia Central o el de Argelia que, a falta de las destruidas redes autóctonas, tuvo que «importar» en su momento predicadores egipcios, del área de influencia de los

Hermanos Musulmanes. Modernos, con gentes conocedoras del lenguaje, la mecánica y los instrumentos de la modernidad⁶. Y, aún dentro de su marginalidad, con un enorme potencial destructivo, interno pero también externo, gracias a su capacidad de provocar determinadas respuestas: espirales de violencia frente a una razón tal vez en exceso lineal.

CARMEN LÓPEZ ALONSO

Javier Tusell y Genoveva G. Queipo de Llano,
Alfonso XIII. El rey polémico,
Madrid, Taurus, 2001, 765 págs.

El 5 de junio de 2002, en *El País*, Javier Tusell reclamaba una reflexión pública, no sólo académica, sobre Alfonso XIII aprovechando el centenario de su llegada al Trono en 1902. Sospechaba que el aniversario iba a pasar sin pena ni gloria por la falta de interés de unos y por la dificultad para otros de engarzarlo en una tradición de «impecabilidad» de la Monarquía. Por si acaso, Tusell avanzaba su opinión: Alfonso XIII desempeñó un papel destacado en la historia del primer tercio del siglo xx, en una época en la que debieron darse pasos sustancia-

les hacia la democracia. ¿Qué responsabilidad le cupo en la frustración de ese proceso? Opinaba Tusell que la evolución hacia la democracia es algo mucho más accidentado y contradictorio de lo que habitualmente se afirma, y que el examen de la actuación del rey revelaba «ligereza y errores, algunos garrafales», pero resistía bien la comparación con otros monarcas o jefes de Estado de la época, en especial en países con unas sociedades parecidas en su grado de evolución.

A esa conclusión habían llegado Javier Tusell y Genoveva

⁶ Aquí, de nuevo, la obra de Kepel, incluidos sus anteriores estudios sobre *La revancha de Dios* (1991) *Las políticas de Dios* (1995) o *Al oeste de Alá: la penetración del Islam en Occidente* (1995), es de consulta imprescindible, al igual que los citados estudios de A. Rashid.

G. Queipo de Llano unos meses antes en su voluminosa aportación a esa reflexión: *Alfonso XIII. El rey polémico*, un libro que venía a sumarse a las abundantes publicaciones que ambos han realizado sobre este período de la historia de España. Un período, por otro lado, abundante en libros e investigaciones en los últimos años que, sin hacerlo explícito, han desarrollado un debate historiográfico sobre la monarquía de la Restauración y las razones de su crisis. Quizás, eso sí es cierto, no ha tenido la trascendencia pública que Tusell reclamaba en *El País*. No es éste el lugar de recapitular sobre ese debate, por tratarse de una revista especializada cuyos lectores estarán al cabo de la calle de su contenido. Pero cabría resumir que tras unas décadas de atención casi exclusiva a las fuerzas de oposición a aquel régimen —republicanos, organizaciones obreras, regionalismos y nacionalismos—, y de una visión habitualmente catastrofista sobre la ineluctabilidad de su crisis, tenemos hoy un conocimiento mucho más cumplido de las bases sobre las que se apoyaba, de las características del tan traído y llevado caciquismo, de los dos partidos *turnantes* y de sus líderes, de las diferentes etapas y de los equilibrios en el funcionamiento institucional del sistema. Todo eso ha contribuido a un mejor conocimiento del proceso que condujo a la quiebra del orden constitucional, aunque no ha desbaratado las dis-

crepancias ya que se pueden seguir encontrando argumentos para sostener interpretaciones dispares. Eso sí, con mayor conocimiento de causa.

Una de las piezas decisivas de aquel entramado político era, sin duda, la Corona, puesto que se trataba de una monarquía constitucional con soberanía compartida de las Cortes con el Rey. Podía evolucionar hacia una monarquía parlamentaria y democrática, como algunos esperaban, pero aunque la Constitución dejaba margen para ello en la práctica política, atribuía también amplias funciones a quien ocupara el Trono. Sobre el papel de la Corona se ha escrito en los últimos tiempos, desde que Antonio María Calero abriera la brecha para que la cerrara Ángeles Lario, hace poco y para el reinado de Alfonso XIII y la regencia de María Cristina. Nos faltaba algo parecido para el reinado de Alfonso XIII. Seguíamos con las visiones encontradas de Seco Serrano, quien tras los dos gruesos volúmenes que tanto él como el propio Tusell han dirigido en los tomos correspondientes al reinado de Alfonso XIII de la *Historia de España Menéndez Pidal*, ha vuelto con una nueva biografía de Alfonso XIII, y las de quienes, más críticos, sostenían la visión de un rey autócrata, responsable último y esencial en la quiebra del régimen. En este *rey polémico*, Tusell y García Queipo de Llano han querido presentar la biografía definitiva de Alfonso XIII o más bien,

como ellos mismos dicen aunque no es exactamente lo mismo, «narrar el papel del Rey en el conjunto del sistema político y en la sociedad de su tiempo». Para ello, se proponen enmendar uno de los males de la historia española del siglo xx, el de estar «tan enferma de seguridades como falta de fuentes». Así, apuestan por una narración detenida y ordenada de acontecimientos, apoyados en una abundante y variada colección de fuentes, desde el archivo de Palacio y otros archivos privados, hasta los informes diplomáticos, muchas veces reproducidos en extenso. Sin embargo, los autores reconocen las dificultades de biografar a un monarca de comienzos del siglo xx, más impenetrable precisamente por su poder cada vez menor y su progresiva privacidad en comparación con los monarcas del Antiguo Régimen, de los que resultaría más fácil encontrar huellas.

Así, aunque no falten las incursiones sobre la personalidad de Alfonso XIII, sobre su educación y su ambiente familiar, sobre el círculo de los más próximos y la combinación de la más rancia tradición y modernidad que presidía aquella Corte, sobre sus aficiones y las dificultades familiares, y también sobre los cambios en sus actitudes políticas, el libro es más una historia del reinado de Alfonso XIII que una biografía. A diferencia de otras interpretaciones que parecen empeñadas en una gran continuidad, Tusell

y García Queipo de Llano se preocupan de dejar bien establecida la existencia de etapas sucesivas en un reinado que no fue homogéneo, cosa por otro lado lógica a la vista de las rupturas históricas que le tocó vivir a Alfonso XIII y, entre ellas, la más importante, la que marcó la Primera Guerra Mundial con el huracán que se llevó por delante Coronas e Imperios y abrió la más grave crisis del liberalismo en la que se precipitaron muchos países europeos. Así, hubo en opinión de los autores un primer «rey regeneracionista», después un «rey liberal» al que siguió un rey en la crisis del liberalismo y la dictadura y, por último, un «amargo final».

Aquel primer rey «regeneracionista» que deseaba utilizar los poderes de la Constitución en bien del país aunque quebrara una práctica asentada (pág. 129), cometió algunos «errores graves» de los que, sin embargo, «aprendió», y en la grave crisis de 1909 «hizo lo que debía» (pág. 202). Tras ella, dijo querer vivir «alejado de las luchas políticas ciñéndome a mis obligaciones constitucionales exclusivamente». El rey liberal, empeñado en áparecer «cercano a la izquierda» (pág. 277), padeció, no provocó, las divisiones en los partidos. Pecó de locuaz durante la Guerra Mundial, pero su gestión humanitaria resultó una gran baza. No fue el causante de las Juntas militares, sino que éstas le provocaron «honda preocupación y no supo cómo enfrentarse con ellas» (pág. 305).

En los años de inestabilidad que siguieron al final de la guerra, trató de fomentar la colaboración entre los partidos y, aunque pudiera atribuírsele el propósito de ampliar la base de la Monarquía hacia la extrema derecha, fue más bien consecuencia de la evolución de ésta que de una actitud del rey producto de un «cambio de sesgo ideológico que no resulta fácil detectar» (pág. 354-355). Porque en la tradición de la monarquía de apertura a la izquierda, también mantuvo entonces conversaciones con Alejandro Lerroux y Melquíades Álvarez. Intentó conservar las reglas no escritas del régimen constitucional (pág. 358), pero no se libró de los resquemores de muchos políticos, incapaces de reconocer que muchas veces las culpas eran suyas.

En aquellos años de grave crisis social, sobre todo en Barcelona, y de invasión pretoriana en los asuntos de orden público, una posición firme del poder civil contó siempre con el apoyo del rey (pág. 370). No hay pruebas de ingerencias de Alfonso XIII en la política africana, ni de que tuviera responsabilidad en la «acción imprudente» de Fernández Silvestre aunque, dado el sistema de relación entre el Monarca y los altos mandos militares era lógico que se le señalara (pág. 390). 1921 fue «el año más triste de su reinado», como confesó el mismo: sólo comparable a 1931. La campaña de las responsabilidades por el desastre de Annual

demonstró que el régimen era liberal y parlamentario, pero lo debilitó, y el rey estuvo más preocupado por eso que por su propia suerte (pág. 398). Circularon toda suerte de rumores sobre sus intenciones, pero no hubo «tentación autoritaria» antes de julio o agosto de 1923. Fue en el ambiente de «debilidad gubernamental y de actitudes imperiosas del estamento militar» donde esa tentación se gestó. Primo de Rivera quedó sorprendido por la llamada del rey, porque él sólo había pretendido el desplazamiento de los políticos y el golpe triunfó porque a su audacia se contrapuso un «vacío de poder», un Gobierno que había demostrado «ceguera y una preocupante indecisión». El golpe podía no haber triunfado, «el resultado final dependía del pugilato psicológico entre los diversos agentes de la vida política» (pág. 426), y no hubo verdadera violación de la Constitución hasta que no se produjo aquella visita de Romanones y Melquíades Álvarez recordándole su obligación de convocar nuevas Cortes. Entonces sí, pero aunque consciente de ello y de los riesgos que implicaba, repitió que todo lo hizo en cumplimiento del mayor de sus deberes: «servir al país». Siempre pensó que la oposición monárquica a la dictadura era débil y que no constituía una verdadera alternativa, pero careció de una estrategia más allá de la resistencia a que se identificara monarquía y dictadura (pág. 553). Era contrario a que

se sustituyera la Constitución de 1876 sin una consulta amplia, pero también temía que Primo de Rivera, cansado, se limitara a arrojar el poder por la borda, porque «tampoco tenía nada parecido a un plan de actuación claro y factible» (pág. 588). Abril de 1931 fue la consecuencia de la «inmensa hostilidad» que se desató entonces contra el rey y no fue, como Alfonso XIII creyó, una situación reversible. No hubo posibilidad de vuelta, ni tan siquiera terminada la guerra civil y pese a sus «calurosas felicitaciones» a Franco por su victoria (página 683). Incluso los monárquicos le consideraron entonces anclado en el pasado. El 15 de enero de 1941, siempre en su deseo de servir al interés de su Patria, abdicó.

Tusell y García Queipo de Llano *comprenden* a Alfonso XIII. No ahorran los rasgos negativos: una indiscreción en ciertos momentos patológica, una frivolidad a veces hiriente y una falta de conocimientos imperdonable a la hora de calibrar las reformas que se le proponían

y, sobre todo, «la carencia de una idea global de hacia donde debía contribuir a llevar a su país» (pág. 693). Pero fue, en su opinión, un rey liberal; no demócrata, pero sí liberal y no opuesto en principio a las reformas que exigía el momento. De ninguna manera propenso al poder absoluto ni clerical compulsivo. No intervino en las crisis de Gobierno con la intención de multiplicar su poder, ni dio el golpe de Estado de septiembre de 1923 y, aunque erró entonces de forma «gravísima», en la equivocación le acompañaron muchos políticos e intelectuales (pág. 701). Porque Alfonso XIII padeció el inconveniente de que se le atribuyera una influencia mayor de la que en realidad ejerció, concluyen Tusell y García Queipo de Llano, y si España no tuvo democracia no fue por Alfonso XIII, o no fue por él solo. Las culpas deben ser compartidas por los políticos, también los de la oposición: el fracaso no fue de una persona sino de la sociedad española (pág. 705).

MERCEDES CABRERA

Sebastian Balfour,
*Abrazo mortal. De la guerra colonial
 a la Guerra Civil en España y Marruecos (1909-1939)*,
 Barcelona, Península, 2002, 629 páginas.
 Traducción de Inés Belaustegui.

No es común que la historia se escriba con entusiasmo. El libro más reciente de Sebastian Balfour, profesor de la London

School of Economics y autor entre otras obras de *El fin del Imperio español (1898-1923)*, lo transmite en dosis tan altas que